

2

Si pudiéramos hablar con los animales

El lenguaje de la energía

¿Qué estilo de comunicación emplea usted con su perro? ¿Le implora que vaya con usted, mientras él se niega y sigue corriendo calle abajo tras una ardilla del vecindario? Si su perro le roba su zapatilla preferida, ¿le habla como si fuera un bebé para tratar de que se la devuelva? ¿Grita con todas sus fuerzas para que su perro se baje de un mueble, mientras él se queda allí sentado, mirándola fijamente como si usted estuviera loca? Si cualquiera de estos ejemplos le suena familiar, sé que es consciente de que las técnicas que utiliza no funcionan. Comprende que no puede «razonar» con un perro, pero sencillamente no conoce otra forma de comunicarse con él. Estoy aquí para decirle que hay una forma mucho mejor.

¿Recuerda la historia del Dr. Dolittle, el hombre que podía hablar y entender el lenguaje de cualquier animal? Desde los libros de Hugh Lofting hasta la película muda de 1928, pasando por los seriales radiofónicos de la década de 1930, el musical cinematográfico de 1967, los dibujos animados de la década de 1970 y las taquilleras comedias de Eddie Murphy, este maravilloso relato y su protagonista han atraído a niñas y adultas generación tras generación. Piense en los infinitos mundos que se nos abrirían si viéramos las cosas como las ven los animales. Imagine observar la tierra desde el cielo a través de los ojos de un pájaro, moverse por la vida en tres dimensiones, como una ballena, o «ver» el mundo a través de ondas sonoras, como los murciélagos. ¿Quién no ha soñado con unas posibilidades tan emocionantes? El atractivo de la historia del Dr. Dolittle es que da vida a los animales en la pantalla grande, a todo color.

¿Qué me diría si le contara que el secreto del Dr. Dolittle era algo más que ficción creativa?

Tal vez se esté imaginando este secreto desde una perspectiva humana. Se preguntará si le estoy diciendo que existe una forma *verbal* de hablarle a su perro, quizá con el empleo de un libro de expresiones que traduzca su lenguaje al suyo. ¿Se pregunta qué aspecto tendría ese lenguaje, cómo sonaría? ¿Incluiría las palabras *sit, quieto, ven y sígueme*? ¿Tendría que gritar las traducciones, o podría susurrarlas? ¿Tendría que aprender a gemir y ladrar? ¿Olisquear el trasero de su mascota? ¿Y cómo le respondería su perro? ¿Cómo traduciría usted lo que le está diciendo? De hecho, como puede ver, crear un libro de expresiones perro-ser humano —del modo que se crea, digamos, un libro de expresiones inglés-español— sería una tarea muy complicada.

¿No sería más sencillo si hubiera un *lenguaje universal* que pudieran entender *todas* las especies? «Imposible —dirá usted—. ¡Ni siquiera todos los seres humanos hablamos el mismo idioma!». Cierto, pero eso no ha impedido que la gente haya *tratado* durante siglos de encontrar un lenguaje común. En el mundo antiguo las personas de las clases superiores, educadas, aprendían griego. De ese modo, todas podían leer y entender los documentos más importantes. En la era cristiana todo aquel que era alguien importante sabía leer y escribir en latín. Hoy en día el inglés está en lo más alto de la cadena alimenticia del lenguaje. Esto lo aprendí con sangre cuando llegué a Norteamérica hace catorce años. Créame, si no lo habla de nacimiento, el inglés es un idioma monstruoso para aprenderlo a partir de cero: a pesar de ello, todo el mundo, desde los chinos hasta los rusos, lo acepta como el idioma internacional para los negocios. El ser humano ha buscado otras formas de romper la barrera idiomática. Da igual qué idioma hable usted, si es ciega puede emplear el Braille. Si es sorda, puede entender a cualquier otra persona sorda mediante el Lenguaje Internacional de Signos. Los lenguajes matemáticos e informáticos rompen muchas barreras lingüísticas y permiten a los seres humanos de distintas lenguas conversar fácilmente entre sí, gracias al poder de la tecnología.

Si los seres humanos hemos conseguido diseñar estos lenguajes colectivos, ¿acaso no podemos crear una forma de conversar con las demás especies del pla-

neta? ¿No existe lenguaje alguno, que podamos aprender, en el que algo signifique lo mismo para toda criatura?

¡Buenas noticias! Me alegra informarles de que el lenguaje universal del Dr. Dolittle ya existe. Y no lo inventó el ser humano. Es un lenguaje que todos los animales hablan sin tan siquiera saberlo, incluyendo el animal humano. Es más, todos los animales *nacen* sabiendo este lenguaje de forma instintiva. Incluso los seres humanos nacemos hablando fluidamente esta lengua universal, pero tendemos a olvidarlo porque desde niñas se nos adiestra para creer que *las palabras* constituyen la única forma de comunicación. Lo irónico es que, aunque creemos que ya no sabemos hablar ese idioma, la verdad es que lo hablamos todo el tiempo. ¡Sin saberlo, estamos radiando en esta lengua las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana! Otras especies animales aún pueden *entendernos*, aunque quizá no tengamos ni idea de cómo entenderlas a ellas. ¡Nos interpretan nítidamente, aunque no seamos conscientes de que nos estamos comunicando!

Este lenguaje auténticamente universal, que llega a todas las especies, se llama *energía*.

Energía en la naturaleza

¿Cómo puede ser un lenguaje *la energía*? Permítame exponer unos cuantos ejemplos. En la naturaleza, las distintas especies animales se entremezclan sin esfuerzo alguno. Por ejemplo, tomemos la sabana africana o una selva. En una charca de una selva podríamos ver monos y pájaros en los árboles, o, en una sabana, distintos herbívoros, como las cebras o las gacelas, paseando y bebiendo felizmente de la misma poza de agua cristalina. Todo es pacífico, a pesar de que son especies muy diferentes compartiendo el mismo espacio. ¿Cómo es que conviven tan armoniosamente?

¿Qué tal un ejemplo menos exótico? En su propio jardín trasero puede que usted tenga ardillas, pájaros, conejos, incluso zorros, conviviendo felizmente. No hay

problema hasta que pone en marcha su segadora. ¿Por qué? Porque todos esos animales se están comunicando con la misma energía relajada, equilibrada y nada agresiva. Cada animal sabe que los demás están dando una vuelta, ocupándose de sus cosas: beben agua, buscan comida, se relajan, se acicalan unos a otros. Todos están tranquilos y nadie ataca a nadie. A diferencia de nosotros no les hace falta *preguntar* a los demás cómo se sienten. La energía que proyectan les dice todo lo que necesitan saber. En ese sentido *están todo el tiempo hablando unos con otros*.

Ahora que tiene en su mente esta pacífica visión, imagínese esto: de repente, un nuevo animal entra en su jardín trasero, o se acerca a nuestra imaginaria charca de la selva, proyectando una energía totalmente diferente. Esta nueva energía podría ser algo tan insignificante como una ardilla que tratara de robarle el alijo a otra, o una gacela que pugna a la carrera con otra por lograr un lugar mejor para beber en el oasis. También podría ser algo tan grave como un hambriento depredador que busca sojuzgar a su próxima presa. ¿Se han fijado cómo un grupo de pacíficos animales puede asustarse o ponerse a la defensiva en un instante, a veces incluso antes de que un depredador haya aparecido en escena? Probablemente les haya llegado algo de su olor: pero también es probable que hayan percibido la energía que el depredador estaba proyectando.

Lo que siempre me resulta fascinante del reino animal es que incluso si hay un depredador cerca los demás animales normalmente saben si es seguro quedarse en el lugar o no. Imagine que le presentan a un hombre y usted sabe que es un asesino en serie. ¿Podría estar relajado ante él? ¡Claro que no! Pero si usted fuera otra clase de animal de este planeta, probablemente podría percibir si el asesino en serie estaba de caza o simplemente de retirada. Un animal reconoce inmediatamente si un depredador está proyectando una energía cazadora, a veces antes incluso de ver al propio depredador. Como seres humanos a menudo estamos tan ciegos antes estos matices de la energía animal: creemos que un tigre es peligroso en todo momento, cuando, en realidad, si acaba de comerse un ciervo de ciento cuarenta kilos probablemente tenga más cansancio que peligro. Sin embargo, en cuanto se le vacíe el estómago será un animal diferente: todo instinto, todo energía para

sobrevivir. Hasta su ardilla del jardín captará esa sutil diferencia. Pero los humanos tendemos a estar ciegos ante lo que, en el reino animal, es un auténtico semáforo en rojo.

He aquí un ejemplo de energía animal con el que probablemente se sientan identificados los habitantes del sur de Norteamérica. En un soleado día en Florida, Louisiana o cualquiera de las dos Carolinas verá caimanes gigantes bañando al sol sus correosos cuerpos en la orilla de algún pantano: ¡en campos de golf tan caros como exclusivos! Mientras tanto, las golfistas golpean la bola a unos cuantos pasos. Garzas, grullas y tortugas toman felices el sol al lado de esos terribles reptiles. Ancianas rechonchas pasean a sus perritos, del tamaño de una taza de té, por senderos a centímetros de distancia del pantano de los caimanes. ¿Qué está pasando? Es muy sencillo. Los otros animales —desde las tortugas a los diminutos chihuahuas— son conscientes, instintivamente, de que esos temibles depredadores no están en ese momento en una actitud cazadora. Hay algo de lo que podemos estar seguras: en cuanto a esa enorme criatura empiecen a sonarle las tripas, y su energía cambie a una actitud cazadora, los demás animales habrán desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Menos, tal vez, las golfistas. Pero éstas constituyen una de las especies más extrañas de la naturaleza, y ni siquiera la ciencia moderna ha conseguido descifrarlos todavía.

La energía en los humanos

Si hablamos de energía, los humanos tenemos mucho más en común con los animales de lo que habitualmente nos gusta admitir. Piense en una de las selvas más despiadadas del mundo humano: la cafetería del instituto. Imagínela como una charca donde distintas especies —en este caso, las pandillas de cachas, pardillas y colgadas— se entremezclan pacíficamente. Entonces, una matona choca «accidentalmente» contra la bandeja de comida de una tipa menos corpulenta. La energía liberada por esa relación se extenderá en oleadas por toda la sala. Pregunte a alguna adoles-

cente cercana si esto no es cierto. Y, al igual que en el reino animal, este cambio de energía ni siquiera tiene que ser algo tan descarado como un empujón. Digamos que la chica bajita de la cafetería ha tenido un mal día. Ha suspendido dos exámenes seguidos y no está muy fuerte de ánimo. Sin querer, levanta la vista y su mirada se cruza con la de la matona. Tal vez ésta estaba pensando en sus cosas, pero en cuanto capta la energía reducida de la tipa más débil, la dinámica entre ellas cambia en un segundo. En el reino animal a eso se le llama la supervivencia del más apto.

Saquemos este concepto del comedor escolar y pensemos en nuestra sociedad como conjunto. Equivocados o no, en Norteamérica esperamos que nuestros líderes proyecten una energía dominante, poderosa, como la de un Bill Clinton o un Ronald Reagan. Algunos líderes poderosos proyectan una energía carismática que se contagia a los que los rodean, activándolos: piensen en Tony Robbins. Martin Luther King, Jr. proyectaba una energía «de firmeza tranquila», como la llamo yo: la energía ideal para un líder. Aunque Gandhi también fue un líder, su energía era de una naturaleza más compasiva.

Es interesante comprobar que el Homo sapiens es la única especie del planeta capaz de seguir a un líder sabio, amable, compasivo o adorable. El ser humano incluso seguiría a un líder inestable, ¡pero eso daría para otro libro! Por difícil que nos resulte comprenderlo, en el reino animal un Fidel Castro tendría más probabilidades de ser líder que una Madre Teresa de Calcuta. En el reino animal no hay moral, ni concepto del bien y del mal. Del mismo modo, un animal jamás hará trampas o mentirá para hacerse con el poder: no puede. Los demás animales lo descubrirían enseguida. Un líder en la naturaleza ha de proyectar la fuerza más obvia e incontestable. En el reino animal sólo hay reglas, rutinas y rituales: basadas en la supervivencia del más fuerte, no del más listo o del más guapo.

¿Ha oído alguna vez hablar del «olor del miedo»? No es sólo una expresión. Los animales perciben vibraciones de energía, pero el olfato es su segundo sentido más desarrollado: y, en un perro, la energía y el olfato parecen estar profundamente conectados. De hecho un perro evacua sus glándulas anales cuando tiene miedo, emitiendo un olor distintivo no sólo para otros perros sino para la mayoría de los

animales (incluidos los seres humanos). El sentido del olfato de un perro está conectado al sistema límbico, la parte del cerebro responsable de las emociones. En su libro *The Dog's Mind*, el Dr. Bruce Fogle cita estudios de la década de 1970 que mostraban que un perro puede detectar el ácido butírico —uno de los componentes del sudor humano— en una concentración hasta un millón de veces menor de lo que nosotros podemos¹. Pensemos en los sensores de un detector de mentiras que pueden captar insignificantes cambios en la sudoración de las manos de una persona cuando miente. ¡En esencia, su perro es un «detector de mentiras» andante!

¿Puede un perro realmente «oler el miedo» físicamente en nosotros? Evidentemente pueden percibirlo al instante. Numerosas corredoras y carteras pueden contarnos esta angustiada experiencia: pasar corriendo o caminando por delante de una casa y hacer que el perro empiece a ladrar, gruñir o incluso lanzarse contra la valla o la puerta. Ahora bien podría tratarse de un perro que haya adoptado el papel de protector de la casa y se lo haya tomado muy en serio: y son demasiadas las carteras y corredoras cuyas cicatrices demuestran cómo puede descontrolarse un perro poderoso y agresivo —lo que yo llamo un perro en zona roja. (Un perro en zona roja es un asunto muy serio, y lo trataré a fondo en un capítulo posterior).

Con el fin de comprender cómo un perro percibe un estado emocional imagínese esto mientras pasa por delante de una casa en la que hay un perro en zona roja: *Tal vez ese perro ladrador tiene un secreto*. ¿Puede que esté más asustado de usted que usted de él! Sin embargo, en cuanto usted se paraliza aterrorizado el equilibrio de poder cambia instantáneamente. ¿Acaso el perro percibe el cambio de su energía con su «sexto sentido»? ¿O acaso huele algún cambio en la química de su cuerpo o de su cerebro? La ciencia aún no lo ha explicado en términos profanos, pero en mi opinión es una mezcla de las dos. Puedo garantizar esto después de décadas de atenta observación: no se puede «ir de farol» con un perro igual que se va de farol con una compañera de póquer borracha. En cuanto cambiamos a la emoción del miedo, el perro instantáneamente sabe que está en ventaja sobre nosotros. Estamos proyectando una energía débil. Y si el perro sale, es más probable que nos persiga o muerda que si hubiéramos desconectado de su ladrido y seguido con nuestras cosas. En el

mundo natural, los débiles son eliminados rápidamente. No hay bien ni mal en todo ello: es sólo el modo en que la vida en la tierra ha funcionado durante millones de años.

Energía y emoción

Lo más importante que hay que entender sobre la energía es que es un *lenguaje de emociones*. Por supuesto, no hace falta que le diga a un animal que usted está triste, cansada, emocionada o relajada, porque ese animal ya sabe *exactamente* cómo se siente usted. Piense en algunas de esos preciosos relatos que ha leído en publicaciones como *Reader's Digest* o la revista *People*: historias de mascotas que han reconfortado, incluso salvado, a sus propietarias cuando estaban enfermas, deprimidas o afligidas. Esas historias a menudo incluyen comentarios del tipo «era casi como si supiera por lo que su dueña estaba pasando». Estoy aquí para asegurarle que sí, que estos animales *sí* saben exactamente qué están sintiendo sus dueñas. Un estudio francés llegó a la conclusión de que un perro también puede utilizar su sentido del olfato para distinguir los diferentes estados emocionales del ser humano². Yo no soy científico, pero después de toda una vida entre perros mi opinión es que, sin duda alguna, un perro puede percibir hasta los cambios más sutiles en la energía y las emociones de los humanos con los que está. Por supuesto, un animal no siempre puede comprender el *contexto* de nuestras dificultades; no puede distinguir si estamos destrozados tras un divorcio o por perder un trabajo o por haber perdido la cartera, porque estas situaciones tan humanas no significan nada para él. Sin embargo, tales situaciones crean emociones: y esas emociones son universales. Estar enfermo y triste es estar enfermo y triste, da igual a qué especie pertenezcamos.

Los animales no sólo viven en armonía con otros animales: también parecen poder interpretar la energía de la tierra. La historia está llena de anécdotas de perros que al parecer «predecían» terremotos, o gatos que se escondieron durante horas en la bodega antes de la llegada de un tornado. En 2004, medio día antes de que el huracán Charley golpeará las costas de Florida, catorce tiburones a los que se había

puesto un chip electrónico, y que jamás habían salido de su territorio de Sarasota, de repente se dirigieron hacia aguas más profundas. Y pensemos en el terrible tsunami que azotó el sudeste asiático ese mismo año³. Según testigos oculares, una hora antes de que la ola alcanzara la costa en Indonesia, unos cuantos elefantes cautivos, de los «paseos en elefante» para turistas, empezaron a gemir e incluso rompieron sus cadenas para huir a tierras más altas. Por toda la región los animales de los zoológicos se escondieron en sus refugios y se negaron a salir, los perros no salían a la calle y cientos de animales salvajes en el Parque Nacional de Yala, en Sri Lanka —leopardos, tigres, elefantes, jabalíes, búfalos de agua y monos— también escaparon a zonas más seguras⁴. Éstos son algunos de los milagros de la Madre Naturaleza que siguen sorprendiéndome: son una brillante ilustración del poderoso lenguaje de la energía en funcionamiento.

Una de las cosas más importantes que hay que recordar es que todos los animales que la rodean —especialmente las mascotas con las que comparte su vida— están interpretando su energía en todo momento del día. Claro, puede decir lo primero que se le ocurra, pero su energía *no puede* mentir, y *no lo hace*. Puede gritarle a su perro que no se acerque al sofá hasta que se le ponga la cara azul, pero si no está proyectando la energía de un líder —si en el fondo sabe que va a dejarle subirse al sofá si se lo pide lo suficiente— él sabrá realmente hasta dónde puede llegar. Ese perro se sentará en el sofá mientras le apetezca. Ya sabe que usted no va a ir más allá de sus gritos. Dado que un perro a menudo percibe los chillidos de un humano en un estado de excitación emocional como una señal de inestabilidad, o bien su arrebató no le afectará o bien se confundirá y asustará. ¡Lo que está claro es que no lo relacionará con sus reglas en cuanto al sofá!

La personalidad firme y tranquila

Ahora que ya entiende el poderoso «lenguaje» de la energía mi siguiente tarea consiste en ayudarla a entender cómo aprovecharla para favorecer una mejor co-

municación con su perro. Un perro sólo tarda unos cuantos segundos en determinar qué tipo de energía está proyectando usted, por lo que es importante que sea coherente. Ante su perro le conviene proyectar en todo momento lo que yo llamo energía «firme y tranquila». Un líder firme y tranquilo está relajado, pero siempre sabe que tiene el control de la situación.

Ahora bien el término *firme* ha adquirido mala fama últimamente. Tal vez porque recuerde mucho al término *agresivo*, pero sus significados no tienen nada que ver. Pensemos en personas de la cultura popular. Da igual si usted se identifica políticamente con él o no, tendrá que admitir que Bill O'Reilly es furioso y agresivo. Grita «¡Cállese!», interrumpe y trata de salirse con la suya en plan abusón. En la mayoría de las situaciones cotidianas, el que usted sea furiosa y agresiva puede volvérselo en contra: sencillamente, no es una forma eficaz, en cuanto a la energía, de conseguir las cosas, y realmente no es muy buena para su presión sanguínea. Un perro furioso y agresivo no sería un buen líder de grupo porque los demás perros lo considerarían inestable.

En mi trabajo no he conocido mucha gente que fuera «firme y tranquila» aunque supongo que podríamos describir así a los malos de las películas de James Bond: siempre están tramando hacer volar el planeta sin que se les mueva un pelo ni se les derrame el martini. En cualquier caso «firme y tranquilo» no es un estado de energía natural para las criaturas no humanas del reino animal.

¿Pero las personalidades firmes y tranquilas? Son los líderes del mundo animal. En nuestro paisaje humano hay muy pocos, pero casi siempre son las personas más poderosas, impresionantes y triunfadoras. Oprah Winfrey —el principal modelo a imitar en cuanto a mi propio comportamiento profesional— es la personificación de la energía firme y tranquila. Está relajada, es ecuánime pero indudablemente poderosa, y siempre mantiene el control. Gente de todas partes responde a su magnética energía, que la ha convertido en una de las mujeres más influyentes —y una de las más adineradas— del mundo.

La relación de Oprah con una de sus perras, Sophie, es otra historia. Al igual que mucha de la gente poderosa que me contrata para que los ayude con sus pe-

ros Oprah tenía algunas dificultades para compartir con Sophie su célebre firmeza y tranquilidad. En los años que llevo ayudando a la gente y sus perros he observado que muchos de los poderosos del tipo A —directores, ejecutivos de los estudios, estrellas de cine, médicos, abogados, arquitectos— no tienen problema alguno para mostrarse dominantes y controladores en sus trabajos, pero en cuanto llegan a casa dejan que sus perros los avasallen. A menudo esta gente considera su vida con su mascota como la *única* área en la que pueden dejar que aflore su lado más suave. Esto es increíblemente terapéutico para el humano, pero puede ser psicológicamente dañino para el animal. Su perro necesita un líder de la manada más de lo que necesita a un colega. Pero, si lo que busca es un modelo que puede imitar en cuanto a energía firme y tranquila, encienda el canal del *The Oprah Winfrey Show* y obsérvela relacionarse con sus invitados y su público. ¡Ésa es la clase de energía que debería buscar cuando se relaciona con su perro, su gato, su jefa o con sus hijos!



Finja hasta conseguirlo

¿Qué pasa si usted no es una persona firme y tranquila por naturaleza? ¿Cómo reacciona cuando surge un problema? ¿Le entra el pánico y el nerviosismo, o se vuelve defensiva y agresiva? ¿Tiende a enfrentarse a los problemas como si fueran ataques personales contra usted? Es cierto que la energía no miente, pero podemos *canalizar y controlar* la *energía* y el *poder*. La biorretroalimentación, la meditación, el yoga y otras técnicas de relajación son excelentes para aprender a controlar mejor la energía que proyectamos. Los ocho años que pasé entrenando yudo intensivamente de niño hicieron que para mí controlar mi energía mental sea algo casi natural. Si usted es muy excitable, ansiosa o abiertamente emocional —indicios evidentes para todo animal que esté interpretando su energía— tales técnicas pueden suponer una gran diferencia en su relación con sus mascotas. Aprender a aprovechar el poder de la energía firme y tranquila que hay en usted también tendrá un impacto posi-

tivo en su propia salud mental: y en sus relaciones con los *humanos* que hay en su vida, se lo garantizo.

A menudo aconsejo a mis clientes que usen la imaginación y empleen técnicas de visualización cuando se sientan «bloqueados» al tratar de proyectar en sus perros la energía adecuada. Hay a su disposición un montón de libros maravillosos de autoayuda, psicología y filosofía que lo ayudarán a aprender a aprovechar el poder de la mente para cambiar su conducta. Algunos de los autores que más me han influido son el Dr. Wayne Dyer, Tony Robbins, Deepak Chopra y el Dr. Phil McGraw. Las técnicas interpretativas, como las que crearon Konstantin Stanislavski y Lee Strasberg también son excelentes herramientas para transformar la forma en que se relaciona en el mundo.

En la primera temporada de mi programa en el National Geographic Channel, *Dog Whisperer with Cesar Millan*, me encontré con un caso que ofrecía un excelente ejemplo de cómo podemos utilizar nuestros poderes de visualización para transformar instantáneamente nuestra energía y nuestra relación con nuestros perros.

Sharon y su marido, Brendan, habían rescatado a Julius, un dulce y adorable mestizo de pitbull y dálmata que, desgraciadamente, les llegó con miedo hasta de su sombra. Cada vez que lo sacaban a pasear le temblaba todo el cuerpo y andaba con el rabo entre las patas, y en cuanto tenía la menor ocasión salía disparado hacia la seguridad de su casa. Cuando había invitados se paralizaba y acurrucaba bajo los muebles. Cuando trabajé con la pareja, observé que Sharon se volvía tremendamente ansiosa y asustadiza cuando Julius mostraba miedo o tiraba de la correa durante los paseos. Estaba tan preocupada por Julius que trataba de tranquilizarlo con palabras y, cuando veía que no se tranquilizaba, tiraba la toalla, impotente. Me quedó muy claro que Julius estaba recogiendo la energía asustadiza de Sharon, la cual estaba intensificando en gran medida su propio miedo.

Sin embargo, cuando Sharon me dijo que era actriz, comprendí que contaba con una poderosa herramienta que no estaba aprovechando. Los mejores actores aprenden a buscar en su interior, a emplear el poder del pensamiento, de la sensación y la imaginación para transformarse en diferentes personajes y para pasar en un instan-

te de un estado emocional a otro. Pedí a Sharon que recurriera a la misma «caja de herramientas» que empleaba cuando actuaba en el teatro o en una película y se concentrara en un sencillo ejercicio de interpretación: que pensara en un personaje al que identificara como firme y tranquilo. Dada su preparación, Sharon entendió inmediatamente lo que le estaba pidiendo. Sin dudar, contestó: «Cleopatra». Entonces le sugerí que se «convirtiera» en Cleopatra cada vez que sacara a Julius a pasear.

¡Fue emocionante observarla la primera vez que probó a hacer ese ejercicio de interpretación! Mientras paseaba a Julius, Sharon empezó a imaginarse que realmente era Cleopatra. Delante de mis ojos enderezó su cuerpo y levantó el pecho. Alzó la cabeza y miró a su alrededor con arrogancia, como si fuera la reina de todo cuanto contemplaba. Gracias a esa misma capacidad dramática que había estado perfeccionando durante toda su vida de repente era consciente de su poder y belleza, ¡y naturalmente esperaba que todo el mundo —sobre todo su perro— obedeciera todos sus deseos! Por supuesto Julius jamás había ido a clases de teatro, pero al percibir ese cambio de energía no le quedaba otra opción que convertirse en el «partenaire» de Sharon en su fantasía sobre Cleopatra. El cambio en aquel asustadizo pitbull/dálmata fue inmediato. En cuanto comprendió que estaba paseando con una «reina», al instante se volvió más relajado y menos asustadizo. Después de todo ¿qué perro tendrá miedo si es la todopoderosa Cleopatra quien sujeta su correa?

Julius y sus dueños han trabajado duramente y han progresado mucho. Hicieron falta muchos meses de esforzada práctica diaria, pero un año después Julius muestra una total seguridad en sus paseos y ahora incluso da la bienvenida a los desconocidos que llegan a casa: todo gracias al poder del liderazgo firme y tranquilo, y con una ayudita de Cleopatra.



Energía sumisa y tranquila

La energía adecuada para un seguidor en una manada de perros se llama energía sumisa y tranquila. Es la energía más saludable que puede proyectar su perro en su

relación con usted. Cuando la gente acude al Centro de Psicología Canina y observa a mi manada en acción, a menudo los deja atónitos ver cómo unos cuarenta o cincuenta perros puede estar tan relajado el 90 por ciento del tiempo. Eso se debe a que mi manada está compuesta por perros sumisos y tranquilos, mentalmente equilibrados.

El término *sumiso* tiene connotaciones negativas, al igual que *firme*. *Sumiso* no significa endeble. No significa que tenga que convertir a su perro en un zombi o un esclavo. Simplemente significa *relajado* y *receptivo*. Es la energía de un grupo de estudiantes bien educadas en una clase o de una congregación religiosa. Cuando imparto mis seminarios sobre comportamiento canino, siempre le agradezco a mi público que esté en un estado sumiso y tranquilo: esto es, abiertos de mente y capaces de conversar fácilmente entre ellos. ¡Cuando aprendí a ser sumiso y tranquilo con mi mujer, mi matrimonio mejoró en un cien por cien!

Para que haya auténtica comunicación entre un perro y un humano, el perro ha de proyectar una energía sumisa y tranquila antes de que el humano pueda lograr que le obedezca. (Como propietarios de perros, no nos conviene en absoluto que se nos perciba como sumisos). Ni siquiera cuando un perro realiza una búsqueda y un rescate se muestra firme: se muestra sumiso y activo. Aunque ese perro en misiones de búsqueda y rescate tiene que ir por delante de la adiestradora, rebuscando nervioso entre montones de escombros, la adiestradora primero hará que el perro se sienta y esperará hasta que adopte una mentalidad sumisa, y sólo entonces le dará la señal para que empiece la búsqueda. Los perros que trabajan con personas discapacitadas también tienen que ser los sumisos en la relación, aunque sus dueños sean ciegos o estén confinados a una silla de ruedas. En esos casos los animales están para ayudar a las personas, y no al revés.



Lenguaje corporal

Su perro está constantemente observándola, interpretando su energía. También está interpretando su lenguaje corporal. Los perros utilizan el lenguaje corporal co-

mo otro medio de comunicarse entre ellos, pero es importante recordar que su lenguaje corporal está en función también de la energía que proyectan. ¿Recuerda el ejemplo de Sharon y Julius, en el que simplemente pensar que ella era Cleopatra inspiró a Sharon a caminar más erguida y orgullosa? La energía alimentaba al lenguaje corporal y, a su vez, el lenguaje corporal reforzaba la energía. Los dos siempre están conectados entre sí.

Usted puede aprender a interpretar el lenguaje corporal de su perro por las pistas visuales que le proporciona, pero es importante recordar que una energía diferente puede determinar el contexto de una postura. Es como esas fastidiosas palabras llamadas homónimas en inglés: palabras que suenan exactamente igual pero significan cosas distintas. Como *read* (leído) y *red* (rojo), o *flee* (huir) y *flea* (pulga). Las personas que no son angloparlantes de nacimiento necesitan tiempo para aprender a distinguir entre estas palabras. Por supuesto, todo radica en el contexto. Cómo se emplea una palabra es lo que determina su significado. Es lo mismo con los perros y el lenguaje corporal. Un perro con las orejas gachas puede estar indicando sumisión tranquila, que es la energía apropiada para un seguidor dentro de un grupo. O puede estar indicando que tiene miedo. Un perro que monta a otro puede indicar dominación, o simplemente puede ser un comportamiento juguetón. La energía siempre crea el contexto.

¿Puedo olisquearte?

Como mencionaba antes, el olfato también puede funcionar como un lenguaje para los perros. La nariz de su perro —millones de veces más sensible que la suya— le proporciona una enorme cantidad de información sobre su entorno y sobre los demás animales que en él están. En la naturaleza el olor anal de un perro es su «nombre». Cuando dos perros se encuentran, se huelen los traseros como una forma de presentación. Como no tiene listín telefónico, un perro puede decir a otros perros dónde vive y dónde ha estado corriendo orinando en un «poste señalizador»: un ar-

busto, un árbol, una piedra o un poste. Cuando una hembra está en celo, depositará su olor con la orina por todo su territorio, colocando una especie de anuncio para todos los machos del vecindario⁵: que pueden presentarse ante la puerta de su dueña a la mañana siguiente, sin que la pobre de su propietaria humano tenga la menor idea de cómo fueron «invitados». Mediante el olfato, los perros también pueden averiguar si otro perro está enfermo o qué tipo de comida ha estado comiendo. Al igual que en los estudios sobre los perros y su capacidad para «olisquear» los cambios emocionales en los humanos, los científicos llevan muchos años tratando de entender el milagroso poder de la nariz de un perro para discernir todo tipo de informaciones sutiles. En septiembre de 2004 el *British Medical Journal* publicó los resultados de un estudio de la Universidad de Cambridge que demostraba que los perros pueden «olisquear» el cáncer de próstata en muestras de orina, al menos en un 41 por ciento de las ocasiones⁶. Durante años había habido pruebas anecdóticas de esos milagrosos hechos, pero ahora la ciencia está trabajando activamente para investigar cómo pueden los perros ayudar a detectar enfermedades en fases mucho más tempranas de lo que incluso algunos equipos de alta tecnología pueden detectarlas.

¿Conoce esos escáners CT de cuerpo entero, en los que se acuesta durante unos momentos y en teoría le hacen un diagnóstico completo de todos sus sistemas corporales? Eso es, más o menos, lo que los perros hacen cuando la ven por primera vez. Utilizan su nariz para escanearle completamente su cuerpo, revisarlo y averiguar dónde ha estado usted y qué ha hecho recientemente. Según la buena educación canina se supone que tiene que dejarlos hacer. En mi Centro de Psicología Canina, cuando un perro nuevo entra en el territorio del grupo, lo correcto por su parte es quedarse quieto mientras todos los miembros del grupo se acercan y lo olisquean. Si el perro permanece tranquilo, permitiendo que los demás terminen de olisquearlo, será aceptado más fácilmente dentro de la manada. Si se aparta, los demás perros lo perseguirán hasta que hayan acabado de olisquearlo. Una señal de que un perro es antisocial con otros perros es que se muestre incómodo o agresivo en cuanto a que lo olisqueen. Ése es un perro que no ha aprendido buenos modales: como un humano que no da un apretón de manos cuando le presentan a alguien. Cuando una per-

sona cruza la puerta de mi centro y camina entre la manada de perros, los perros harán lo mismo con ella. A mucha gente le intimida —o sencillamente le aterra— que cuarenta perros de aspecto terrorífico se le acerquen y empiecen a olisquearlos. Una persona no debería mirar ni tocar a los perros durante este proceso, pero se debería permitir a los perros rodear y oler a esa persona. Es la única forma de que puedan sentirse cómodos con un animal nuevo de cualquier especie: aprendiendo a distinguirlo por su olor. Yo no soy «César» para mis perros. Soy el líder de su grupo, que es el olor y la energía de César.

Mientras que para un perro su forma de reconocerla es olerla, para convertirse en el líder de la manada de su perro usted tendrá que proyectar la energía correcta. Más tarde profundizaremos en el concepto de líder de la manada: es la piedra angular de su saludable relación con su perro. Pero antes es importante recordar que su perro no ve el mundo del mismo modo que usted. En cuanto aprenda a considerar a su perro primero como un animal, y no como un humano de cuatro patas, le resultará más fácil entender su «lenguaje» de energía: y «oír» realmente lo que le está diciendo.

NOTAS

¹ Fogle, B., *The Dog's Mind: Understanding Your Dog's Behavior*, Nueva York, Macmillan, 1990.

² Montagner, H., *L'Attachement: Les Debuts de la Tenderse*, París, Éditions Odile Jacob, 1988.

³ Oldenburg, D., «A Sense of Doom: Animal Instinct for Disaster», en *The Washington Post*, 8 de enero de 2005.

⁴ Mott, M., «Did Animals Sense Tsunami Was Coming?», en *National Geographic News*, 4 de enero de 2005, http://news.nationalgeographic.com/news/2005/01/0104_tsunami_animals.html.

⁵ Whitney, L. F., *Dog Psychology: The Basics of Dog Training*, Nueva York, Macmillan, 1971.

⁶ Willis, C. M., y otros, «Olfactory Detection of Human Bladder Cancer by Dogs: Proof of Principal Study», en *BMJ* 329 (2004): 712.